

LA CONTRAARMADA

EDWARD ROSSET



La reina Elizabeth decide vengarse de Felipe II por enviar contra Inglaterra la llamada Armada Invencible y envía otra (1589) para destruir los barcos españoles en el norte de España.

Al frente de la flota va Francis Drake.

Prólogo

La reina Elizabeth, rabiosa por el envío de la Armada que Felipe II había enviado a invadir su reino en el año 1588, quiso vengarse enviando al año siguiente otra Armada a las costas españolas. La Historia la llamó LA CONTRAARMADA. La idea era destruir los barcos que estaban siendo reparados en los astilleros del norte: Pasajes, San Sebastián, Santander, Santoña y La Coruña.

Sin embargo, el almirante de la expedición inglesa, Francis Drake, tuvo que cambiar sus planes debido a los vientos en contra. Por otro lado, los rumores de que un barco cargado de plata había llegado a La Coruña hicieron que esta ciudad fuera más apetecible de atacar en primer lugar. Así lo hicieron con un ejército de nueve mil hombres que, después de sitiar la ciudad durante cuatro semanas, no consiguieron su propósito.

Su próxima acción bélica fue atacar Lisboa para lo cual desembarcaron a los hombres a unos 50 kilómetros de la capital. El resultado de este segundo asedio tampoco fue el esperado.

CAPÍTULO 1

La reina Elizabeth clavó unos ojos fríos en John Hawkins, uno de sus Almirantes. Era un hombre de unos cincuenta años, elegantemente vestido. Llevaba jubón de seda negro y calzas ajustadas, pero sin lujos. Hawkins se había ganado el favor de la reina en varios viajes mercantiles en los que había llevado esclavos negros a las Indias y había traído de allá oro, diamantes y perlas. Bien era verdad que aquellos viajes, especialmente el último, habían sido los causantes del enfrentamiento con España y Portugal, pero las ganancias comerciales habían hecho que los viajes fueran rentables. Las arcas de la Corona lo habían notado, aunque ello hubiera supuesto la pérdida de cuatrocientas vidas humanas.

—¿Cuántos barcos creéis que perderán los españoles en total? —preguntó la reina despectiva.

Hawkins entornó los ojos en actitud reflexiva, aunque no era la primera vez que pensaba sobre el tema.

—Yo diría que unos cuarenta. Tendrá suerte el rey español si puede contar con un centenar de barcos cuando todos lleguen a puerto español.

—¿Y cuándo será eso?

—No antes de varios meses.

—Eso quiere decir que España está prácticamente indefensa hasta que lo que ha quedado de la Armada llegue a puerto y lleven a cabo las reparaciones necesarias —reflexionó Elizabeth en voz alta.

Lord Wasingham, uno de los diez grandes del reino que estaban presentes en la reunión, asintió.

—Sería un buen momento para apoderarnos de la flota que trae el tesoro de las Indias.

La reina no podía estar más de acuerdo. Muchas veces lo habían intentado sin éxito; en esta ocasión, en cambio, las condiciones parecían favorecer otra tentativa. A la Corona inglesa le vendría bien el dinero, ya que el coste de la defensa de la Isla había sido descomunal y cada día aumentaba el número de peticiones que llegaban de todas las poblaciones. Había que atender a cientos de hombres enfermos de tifus, disentería y cólera que morían a diario. Y a los pocos que quedaban sanos había que pagarles por los servicios que habían prestado, hacinados en barcos malsanos, y con deficientes condiciones higiénicas.

—Sí —confesó la reina—, necesitamos ese dinero.

Sin embargo, una cosa era lo que necesitaba el Tesoro de la nación y otra la realidad del momento. Para cortar gastos, la mayoría de los oficiales del ejército y marina habían sido despedidos y los buques de la escuadra amarrados. Solo se mantenían en activo unos pocos. En realidad, nadie estaba preparado para hacerse de nuevo a la mar. Los cascos debían ser reparados, carenados y calafateados. También había que remendar las velas, reparar vergas y aparejos, así como reconstruir los daños causados por los cañonazos del enemigo.

Además, los barcos necesitaban ser fumigados y limpiados en profundidad para matar lo que fuera que había ocasionado las plagas y había diezmado las tripulaciones.

Como todo llevaría su tiempo no sería fácil atacar puertos españoles antes de que los navíos de la armada española que se encontraban dando la vuelta a las Islas Británicas volvieran a sus puertos.

—¿Creen sus señorías que sería posible enviar algunas naves a las Azores para interceptar la flota de las Indias? —preguntó la Reina.

Nadie se atrevió a responder. Por fin, la voz de John Hawkins rompió el silencio.

—Me temo que no sería posible remozar las embarcaciones con tanta celeridad ni enviarlas en misión secreta. La marina no está en condiciones de luchar y mucho menos si la lucha tiene lugar a mil leguas de Inglaterra. Y os aseguro que las Azores no están precisamente a la vuelta de la esquina. De todas formas, sugiero que todos los presentes nos reunamos dentro de diez días para presentar planes alternativos. Además, *sir* Francis Drake podrá darnos su opinión en persona ya que en este momento se encuentra enfermo.

—Muy bien —accedió la reina—. Sea, nos veremos dentro de diez días. Escucharé las sugerencias de sus señorías.

Durante los días que siguieron, un Drake ya repuesto, se desplazó hasta Londres a instancias de su tío. Allí estuvo estudiando con las autoridades una serie de posibilidades de acción. *Lord* Howard, fue uno de los consultados. Hombre corpulento de unos cincuenta años de edad se conservaba en plena forma gracias a interminables partidos de polo.

—Hay una variante a este dilema —dijo—, que no hemos considerado.

Drake le cuestionó con la mirada.

—¿Una variante?, ¿a qué os referís?

—Estoy hablando de D. Antonio de Crato, uno de los candidatos a la Corona de Portugal. Él está empeinado en regresar a su país y a nosotros nos vendría muy bien que le arrebatara el trono a Felipe II.

Hawkins asintió.

—Desde luego eso le restaría un poco de poder. Deberíamos considerar la idea de ayudarle a conseguir sus propósitos, ¿no os parece, caballeros?

Drake se alisó los encajes del puño izquierdo de su casaca con un gesto automático antes de preguntar.

—Vos que le conocéis bien, *Lord Howard*, ¿por qué no nos contáis algo sobre este hombre que no conocemos?

Howard se aclaró la garganta y asintió.

—Trataré de resumir un poco el historial de este personaje —anunció—. Su biografía es un tanto rocambolesca. Fue hijo ilegítimo del Príncipe Luis, Duke de Beja y Volante Gomes. Y aunque su padre era nieto del rey Manuel I de Portugal, su reclamación al trono no fue considerada válida al ser hijo ilegítimo.

»Antonio fue educado en Coimbra e ingresó en la Orden de San Juan. Recibió al hacerlo el rico priorato de Crato, por lo cual le podemos considerar un hombre adinerado. En 1571 fue nombrado gobernador de la fortificación portuguesa de Tánger en Marruecos. Siete años más tarde tomó parte junto al rey Sebastián de Portugal en la invasión de Marruecos. Fue hecho prisionero por los moros en la batalla de Alcazarquivir.

—¿No fue ahí dónde murió el joven rey portugués? —preguntó Hawkins.

—La misma —respondió Howard—. El caso es que sus captores nunca descubrieron que era un hombre rico y consiguió su rescate mediante el pago de una pequeña cantidad pagada por los mercedarios. Al volver a Portugal, Antonio reclamó el trono, pero sus pretensiones fueron rechazadas. Su tío, el Cardenal Enrique I, el único hermano que sobrevivía al rey Juan III de Portugal fue coronado rey. Pero el Cardenal era ya anciano y era el único varón en la línea de descendencia real. Cuando murió, la regencia del reino fue asumida por una junta compuesta por cinco miembros. Para entonces, el trono lo disputaban varios pretendientes: la duquesa de Braganza, su sobrino de once años, Ranuncio de Farnese, Felipe II de España y Antonio el Prior de Crato.

—Y evidentemente ganó la partida Felipe II —terció Drake.

—Sí —asintió Howard—, ayudado por el oro que repartió dadivosamente entre los nobles portugueses.

—Por su parte, Antonio trató de ganarse a la gente común para su causa. Incluso se proclamó unilateralmente rey de Portugal en Santarem en 1580. Pero Felipe II no estaba dispuesto a renunciar y solo veinte días más tarde se enfrentaron los dos ejércitos en Alcántara. El Duque de Alba, Grande de España ganó la jornada derrotando fácilmente a los «antonianos».

»Pero a pesar de aquel fracaso nuestro hombre no se rindió. Intentó gobernar Portugal desde la isla de Terceira en las Azores donde estableció un gobierno de oposición que duró hasta 1583. Incluso emitió moneda propia. Su gobierno solo fue reconocido en las Islas. En el continente el poder era ejercido por Felipe II, quien al año siguiente fue reconocido como rey oficial por las Cortes portuguesas.

—¿Y qué hizo luego, D. Antonio? —preguntó uno de los Lores—. Parece un hombre persistente que no admite un «no» por respuesta.

—Es, en efecto, persistente —asintió Howard—. Cuando se vio acorralado se refugió en Francia llevándose con él una fortuna en diamantes y joyas. Ni qué decir tiene que fue bien recibido por Catalina de Médici. Ella le consideró un instrumento que podía usar algún día contra Felipe II. Antonio le prometió cederle la colonia de Brasil, así como darle algunas de sus joyas a cambio de una flota de barcos que serían tripulados por exiliados portugueses, así como aventureros de otros países.

»Como Felipe II no había ocupado todavía las Azores, Antonio salió para allá con una serie de barcos franceses, pero fue derrotado en una batalla naval por Álvaro de Bazán en la batalla de Punta Delgada. Después de la derrota, D. Antonio volvió a Francia y al cabo de un tiempo vino a Inglaterra.

—Y nuestra reina le favoreció por las mismas razones que Catalina de Médici me imagino —dijo Drake.

—Sí —respondió Howard—. Ese es nuestro hombre. Y debo decir a sus señorías que es una persona instruida. En 1550 publicó un libro *Panegyryus Alphonsi Lusitanorum Regis* y tengo idea de que está a punto de escribir otro, *Psalmi Confessionales*.

—¿Y qué posibilidades hay que la gente de Portugal le siga? —preguntó uno de los Lores.

—No lo sabemos —dijo Howard—, por lo menos hasta que desembarquemos en su país. Él asegura que puede reunir un ejército de diez mil hombres.

—¿Y le creéis?

Howard hizo un gesto ambiguo.

—Nunca se sabe —dijo—. Lo que está claro es que tenemos que hacer algo y esta opción es tan buena como cualquier otra.

Drake asintió, pensativo. Esa sería una más de las acciones que la habladuría popular le achacaría. Estas iban desde que había ido a la caza de los buques rezagados de la Armada española hasta que preparaba una incursión de castigo a Sevilla y Lisboa para quemar las naves allí fondeadas. Había también quien opinaba que debían tomar Portugal y las Azores por la fuerza de las armas.

Tantos rumores había que se podía elegir entre qué acciones bélicas llevar a cabo. Nadie, por supuesto, tenía en cuenta el capital que sería necesario para hacerlas realidad y ese era el gran escollo. España contaba con un chorro de oro que venía de sus colonias en ultramar, Inglaterra no tenía nada parecido.

—Hay otra cosa que debemos tener en cuenta, caballeros —anunció Howard.

—¿Y de qué se trata esta vez? —demandó Drake.

Howard se aclaró la garganta.

—Según D. Antonio, el Jerife de Marruecos le ha prometido que pondrá a disposición de su causa hombres y di-

nero para ayudarle a acceder al trono de su país.

Los Lores asintieron aliviados, pues en el fondo sabían que la Corona inglesa no tenía fondos para financiar una expedición de tamaño envergadura.

Después de un período de reflexión Francis Drake tomó la palabra.

—Señores —dijo—, creo que deberíamos fraguar una empresa conjunta. Algunos de nosotros, como mi tío John Hawkins, mi amigo John Norris y yo mismo estamos dispuestos a aportar fondos siempre que la reina contribuya con seis barcos de su titularidad, amén de veinte mil libras esterlinas en efectivo. Igualmente, la soberana debe estimular a particulares para que aporten diez naves adicionales, poniendo ella de su parte unos ocho mil soldados armados y piezas de artillería de gran tamaño.

—¿Y cuánto tendrían que aportar los particulares? —preguntó una voz.

Drake tenía todo apuntado en un papel.

—Los particulares desembolsarían cuarenta mil libras esterlinas además de comprometerse a conseguir el apoyo adicional de las Provincias Unidas de los Países Bajos.

Un largo murmullo siguió a estas palabras.

No fue aquella la última reunión. Los días siguientes fueron testigos de largas y tediosas discusiones que por fin cristalizaron en la redacción de una célula real que otorgaba a *sir* Francis Drake y a *sir* John Norris el mando conjunto de una gran expedición de castigo. Los dos jefes tendrían carta blanca para reclutar y pertrechar una fuerza armada, así como para involucrar a inversores particulares. Estos, por supuesto, participarían en los beneficios.

En este documento se evitaba el citar el nombre de enemigo alguno, si bien la descripción de la operación era muy detallada.

«... y con los mismos hombres, provisiones y artículos embarcados autorizamos por la presente

mancomunada y solidariamente tanto a vuestras personas como a otros a quienes nombréis, a invadir por mar o por tierra y a destruir las fuerzas y preparativos de dichas fuerzas, lo cual llevarán a cabo todo tipo de personas y partidarios que se emplearon este último año, tanto por mar como por tierra, contra los poderes y las armadas hostiles que intentaron invadir nuestro reino de Inglaterra.»

En los meses siguientes, al tiempo que avanzaban los preparativos de la expedición, llegaban noticias de la llegada a puertos españoles de los supervivientes de la Armada. Al parecer cuarenta barcos se habían refugiado en el puerto de Santander y unos diez lo habían hecho en San Sebastián. Era pues preciso dar un giro a la operación en vista de los nuevos objetivos.

A partir de ese momento comenzaron las divergencias y distintas opiniones. La reina estaba empeñada en la destrucción de los barcos en estas dos capitales mientras que los accionistas privados y D. Antonio tenían los ojos puestos en el botín que podían conseguir en Lisboa y en las Azores.

En una de las reuniones que la reina Elizabeth sostuvo con los jefes de la expedición, esta no pudo contener sus sentimientos con respecto al candidato a la Corona portuguesa.

—Debo confesar —dijo, que me trae sin cuidado si ese portugués necio consigue el trono o no.

Norris asintió.

—Tenéis mucha razón, majestad, pero no creo que deberíamos dejarle a un lado. Mantengámosle informado de los acontecimientos y lleguemos a un compromiso con él.

Drake también era de la misma opinión.

—Hagámosle firmar un documento por el que se comprometa a no alcanzar ningún acuerdo con el rey Felipe II sin vuestro consentimiento y a ser nuestro aliado en cual-

quier conflicto que estalle con España. Por otra parte, consentirá el libre uso de todos los puertos portugueses por parte de los barcos ingleses, prometiendo que nuestros mercaderes podrán vivir y comerciar libremente en Portugal y sus dominios.

—¿Y qué hay de la religión? —terció la reina.

Norris asintió. El tema era de importancia capital.

—Debemos hacer que se comprometa a que todos los súbditos ingleses que vivan en Portugal gocen de plena libertad para profesar su religión en sus hogares. Esto es lo mismo que les está permitido a los españoles y portugueses hacer en nuestro país.

Poco a poco, se fue redactando un protocolo de actuaciones y logros. Era en realidad un plan ambicioso: la flota inglesa atacaría la Península en la primavera siguiente, es decir en 1589 y su misión consistiría en destruir, en primer lugar, todos los barcos en reparación en los astilleros de los puertos cántabros, especialmente Santander. Luego deberían desembarcar en Lisboa con D. Antonio de Crato y provocar la sublevación de sus leales. A continuación, tomarían la capital y se asegurarían la independencia de Portugal que se convertiría en un fiel aliado y socio comercial de los ingleses. Por último, los expedicionarios se asegurarían la toma y posesión de alguna de las islas de las Azores. Esto podría ser decisivo para colapsar o por lo menos, dificultar el tráfico comercial español con las Indias.

La maquinaria organizadora de Hawkins no tardó en ponerse en marcha. Se fundó una compañía con un capital de 80 000 libras. De ese capital, un cuarto lo puso la reina, un octavo el gobierno holandés y el resto varios nobles, mercaderes y gremios. Drake invirtió dos mil libras y otras tantas puso Norris.

Tal como había ocurrido con la armada española, el año anterior, numerosos problemas logísticos, unidos al mal

tiempo, retrasaron la salida de la flota inglesa. Entre estos problemas se incluía el hecho de que los holandeses no terminaban de enviar los barcos que habían prometido. Este retraso causó que se consumiera parte de las provisiones antes de zarpar.

Por otro lado, había que reclutar veinte mil hombres y darles un mínimo de instrucción en el uso de las armas. De aquellos hombres, apenas dos mil habían participado en alguna acción militar anteriormente.

Uno de estos últimos era John Goodwin. Veterano de treinta años, fuerte como un toro, tenía varias cicatrices en el cuerpo que probaban que era un luchador nato. John no sabía leer ni escribir, pero había sido educado en el temor a Dios por unos padres que tenían la Biblia como único libro en su casa, aunque no pudieran leerlo. John Goodwin se había casado dos veces y en ambas su esposa había muerto al dar a luz. A partir de allí el joven desesperado se había alistado en el ejército participando en acciones contra los tercios españoles en Holanda.

Cuando los soldados fueron conducidos a bordo de los buques, a John Goodwin le tocó en el *Revenge*, la capitana de Francis Drake. El barco era un galeón de 400 toneladas, uno de los mayores de la armada. Tenía tres palos y dos castillos que hacían de él una especie de fortaleza. No era excesivamente marinero, pero tampoco estaba construido como tal sino para dar ventaja a sus tripulantes en caso de enfrentamiento con carabelas que tenían las bordas mucho más bajas. El barco contaba con diez cañones de doce libras y varios falconetes en proa y popa, lo que le hacía el mejor dotado de la escuadra.

John buscó acomodo junto al palo de la trinqueta considerando que aquel sitio de la proa sería el menos incómodo del barco.

Irremediablemente, según entraban los soldados, todos los espacios disponibles eran ocupados por jóvenes bisoños que no solo nunca habían disparado un arcabuz en su

vida, sino que tampoco habían puesto pie en la cubierta de un barco.

John Goodwin no pudo evitar el pensar en lo que pasaría cuando el barco saliera a alta mar y aquella gente empezara a vomitar por encima de la borda... si es que llegaba a tiempo para hacerlo. O cuando buscaran la forma de hacer sus necesidades, hacinados como estaban unos contra otros.

John apartó aquellos desagradables pensamientos de su mente. ¿Para qué preocuparse de antemano? Cuando llegara el momento ya se solucionaría todo.

—¿Puedo sentarme aquí?

John miró con curiosidad al joven que hablaba. Era barbilampiño y no tendría más de dieciocho años. Un pelo castaño, casi rubio, le daba el aspecto delicado de un estudiante frustrado. Vestía una casaca raída y unos calzones descoloridos. Al hablar proclamaba su procedencia a los cuatro vientos. Por mucho que hubiera querido, no habría podido disimular el acento cantarín del País de Gales.

—¿Por qué no? —masculló—. Siéntate donde puedas. Es todo tuyo.

El joven miró con ojos asustados el desorden caótico que imperaba a su alrededor en la cubierta del barco.

—¿Vamos a estar mucho tiempo aquí? —preguntó.

John frunció el ceño. ¿Qué clase de soldados habían reclutado? ¿Qué pensaba conquistar el famoso Drake con aquellos soldaditos bisoños?

—¿Tú qué crees? —rechinó—. ¿Tienes miedo a ensuciarte?

—No es eso —replicó inquieto el joven—. Es que llevo mucho tiempo aguantándome.

—¿Aguantándote?

—Sí, quiero evacuar el intestino.

John Goodwin se quedó mirando al joven con la boca abierta.

—¡Pardiez! ¿Quieres decir con eso que quieres cagar?
—dijo, por fin.

—Bueno —contestó el apurado joven—. Es otra forma de decirlo.

—¡Voto a tal! Si quieres giñar tendrás que asomar tu sucio culo por la borda y apretar fuerte. Pero ten cuidado y asegúrate que estás a sotavento.

—¿Sotavento?, ¿qué es eso?

John abrió la boca para explicarle que barlovento era el lado de donde venía el viento y sotavento el lado contrario, pero cerró la boca y se encogió de hombros. ¡Ya lo averiguaría!, ¡todos lo hacían!